



ARTE

# Iraida Cano, ecos de Africa

*Soledad Gabriel y Galán*

**I**sak Dinesen comienza uno de sus libros más famosos con una frase que ha quedado grabada en la memoria de numerosos cinéfilos: «Yo tenía una granja en Africa...» Iraida Cano no tiene una granja pero sí posee un trocito de Africa en las estribaciones de los Montes de Toledo.

Es una finca particular, ondulada, de jaras, encinas y agua. Quien la recorre andando puede disfrutar de la presencia de una variada fauna autóctona: multitud de aves, corzos, venados, jabalíes, etc. Pero el caminante puede también, sorprendentemente, hallarse de repente ante una manada de cebras que beben en el arroyo, o frente a un elefante que parece dirigirse con zancadas lentas hacia el intruso. Son las pinturas de esta joven artista que ha decidido sacar los animales a pasear, liberarlos del marco opresivo del cuadro, darles una escala más real y situarlos donde deben estar, en la naturaleza. Un innato espíritu viajero ha hecho que sus pasos se encaminasen con frecuencia a distintos lugares de América y Africa. Durante los viajes recopila material en los apuntes de dibujo. Después, en el estudio, el trabajo continuado permite que las obras vayan cobrando forma.

Así, por ejemplo, y tras una estancia prolongada en Guatemala, impresionada por la exuberancia del paisaje, realizó una serie de óleos con temática sobre volcanes y lagos en los que, bajo una atmósfera blanca y misteriosa, despuntan con pinceladas fuertes y expresionistas los elementos naturales. La investigación sobre los Códices Mayas inspiraron un enorme tríptico, esencialmente grafista, realizado en la austeridad cromática del blanco y el negro.

Pero la obra que aquí nos ocupa comenzaría en 1991 como ella misma nos cuenta: «lo primero que hice fueron trabajos con piedras que iban formando figuras de animales. Surge así un gran caballo que ocupa toda una ladera de monte, o peces de distintos tamaños junto al pantano. Después empecé a pintar siluetas de animales de la zona, caracoles, ovejas, tortugas, pájaros. Casi todo siempre en blanco y negro. El color llegaría tras el viaje a Tanzania».

Aunque de Tanzania no trajo tan sólo el color. Su

maleta regresó cargada con los gráciles y elegantes movimientos de los guerreros masais, con la retina impregnada de interminables estepas y ocasos inenarrables, con el vigor de los animales salvajes contemplados a distancias casi milimétricas. Las exposiciones en Madrid fueron el fiel reflejo de todo ello. Sobre superficies de intensos y uniformes azules, ocres o naranjas, se perfilaban figuras humanas y animales. La sensación de reposo latente y fuerza contenida que emana el continente africano estaba conseguida.

Sin embargo, Iraida Cano comenzaba a sentirse prisionera de las limitaciones que imponen los lienzos. A raíz de un taller realizado con la artista americana Nancy Spero, quien plasma imágenes sobre cualquier tipo de soporte, surgió la idea de pintar directamente sobre las rocas. Fue de esta manera como los montes toledanos del «Arreciado», nombre de la finca, se transformaron en acogedor hábitat de la fauna africana.

Elegir el lugar donde ubicar las pinturas es lo más complicado: «primero tengo la idea de hacer un animal y busco la imagen de ese animal en fotografías o en los apuntes que realizo cuando viajo. Después voy buscando la piedra donde puedo encajarlo, y eso, es en lo que más tiempo empleo. También me puede pasar lo contrario, que paseando encuentre una superficie que me llame la atención. La dejo reservada y hago el proceso inverso, recuerdo la piedra e intento imaginar qué animal puede adaptarse a ella».

Existe una perfecta simbiosis entre las piedras elegidas y los animales en ellas representados: «cada animal marca el lugar que es más apropiado. Cuando viajas a Africa te das cuenta de que las jirafas, por ejemplo, son animales siempre visbles, no se pueden esconder, por eso he elegido para pintarlas un sitio donde se puedan ver desde lejos. Los felinos, en cambio, son animales que se ocultan, y yo los pinto en lugares más recónditos y sorprendentes. Los elefantes necesitan piedras más monolíticas y monumentales que impongan por su presencia».

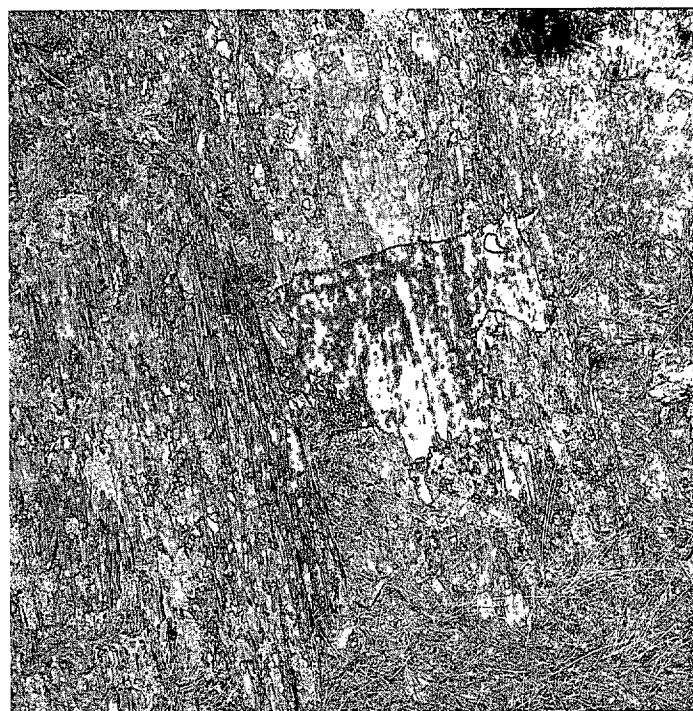
Cuando pinta lo hace de forma decidida, con mimo, con libertad y sin correcciones. Sus pinturas son realistas porque la abstracción la da la propia naturaleza. Hay

animales que sólo se ven por la mañana temprano y cuando les empieza a dar el sol directamente se distorsionan y transforman. Pero esto es algo con lo que la artista cuenta y juega. Sus peces se cubren de agua en invierno, otros animales se protegen del frío con el musgo de la roca y el caballo de piedra desaparece en primavera entre la hierba crecida. Pinturas que se van adaptando a los ciclos naturales y que sufren metamorfosis. Pinturas con vida propia.

Sus últimos trabajos incluyen la utilización de metales, como el cobre o latón, que conforman siluetas de animales sobre las que pinta para colocarlas, una vez terminadas, encaramadas a los árboles. Monos, leopardos, buitres, que se mueven o emiten sonidos cuando el viento les azota. No descarta la posibilidad de combinar la pintura en piedra con el metal y hacer animales de carácter más escultórico.

Recientemente se han realizado una serie fotográfica sobre sus pinturas que han estado expuestas en Talavera de la Reina con gran éxito de público.

Su interés actual es el de poder abarcar otros espacios nuevos, que sus animales se dispersen por toda nuestra geografía, en parques o jardines particulares. En este sentido se encuentra trabajando en el pueblo tarraconense de Vespella de Gaià, un entorno natural que combinará pinturas de Iraida Cano con esculturas de otros artistas.



Y entre el torbellino de las exposiciones, las clases, nuevos trabajos, y con los animales siempre rondándola, saca tiempo de debajo de las piedras para escaparse rumbo al paraíso. Su paraíso. □

